LA INCOMUNICACIÓN NECESARIA

Mito de la comunicación perfecta en la era digital

GUSTAVO HERNÁNDEZ DÍAZ

Para Carlos Castilla del Pino, una comunicación completamente diáfana es imposible; por eso habla de una incomunicación limitada. Ya en los años 70 advertía que el avance tecnológico y el exceso de información reducen la empatía y dificultan el entendimiento. En este trabajo se presenta su propuesta que dará pie para reflexionar sobre las paradojas de la comunicación digital.

ENTRADA

La lectura de *La incomunicación*, un libro escrito por el médico y psiquiatra español Carlos Castilla del Pino y publicado en 1970 durante los últimos años del franquismo, fue para mí un hallazgo teórico muy importante.

Castilla del Pino afirma que la comunicación plena, aquella en la que todo mensaje es emitido y comprendido en su totalidad, resulta inalcanzable. Los intercambios comunicativos siempre presentan vacíos: nunca logramos exteriorizar por completo aquello que pensamos, y en toda conversación persiste un margen de lo no dicho.

Para dar respaldo teórico a esta postura, el autor, en cuestión, se nutrió de diversas corrientes y pensadores. Revisó las contribuciones de grandes figuras de la lingüística y la filosofía del lenguaje, como Peirce, Wittgenstein, Saussure y Jakobson; sumó las perspectivas de teóricos sociales tales como Durkheim, Weber, Merton y Fromm; y abrevó del existencialismo y el psicoanálisis a partir de autores como Sartre, Kierkegaard, Freud y Marcuse. Igualmente, incorporó planteamientos sobre la dimensión ética de la comunicación fundamentados en las obras de Habermas, Victoria Camps y Bateson.

I. PREMISAS CENTRALES DE *LA INCOMUNICACIÓN* DE CASTILLA DEL PINO

La incomunicación no constituye un fenómeno ocasional o producto de la casualidad, sino un rasgo estructural inherente a la condición humana. Si bien la comunicación absoluta resulta imposible (pues decir exactamente lo que se piensa haría invivible la existencia), esta incomunicación parcial nos confronta con nuestra humanidad y nos motiva a esforzarnos por mejorar nuestras relaciones con los demás.

Entre el progreso técnico y lo humano

Las invenciones humanas deberían ser una herramienta que fortalezca la libertad y la responsabilidad social, pero la realidad es distinta:

> […] nuestra comprensión del fenómeno de la comunicación, y la existencia misma de unos medios de comunicación inimaginables hace años, corren parejos, *pero en proporción inversa, con la incomunicación fáctica que entre un hombre y otro se verifica*. Esta paradoja, o, mejor, esta contradicción, ha de ser explicada, si se quiere luego inteligir qué prerrequisitos son indispensables para que la comunicación exista". (Castilla del Pino, 1983: p.19)

Qué se comunica y cuánto queda sin decir

La auténtica comunicación no consiste en eliminar toda forma de incomunicación, sino en reconocer y asumir *su carácter parcial e inevitable*. Esto implica admitir que resulta imposible verbalizar la totalidad de lo que se piensa o siente, ya que pretender hacerlo podría desencadenar conflictos evitables en la interacción cotidiana:

> *Sólo en un sentido lato podría decirse que no existe la comunicación, o que la incomunicación es el rasgo más sobresaliente de los modos de relación usuales en nuestra sociedad*. Naturalmente, si se acogiera en su acepción literal, la afirmación es inexacta por exagerada. La comunicación existe. Pero en cada caso lo que hay que preguntarse *es qué es lo que se comunica y cuánto queda por comunicar* (o es exigitivo reprimir). (p.20)

Puede haber entendimiento sin que exista comunicación

Comprender las palabras de alguien no equivale a establecer un vínculo real con esa persona. Mientras el *entendimiento* se limita a procesar información, la *comunicación* demanda una disposición emocional, vale decir, estar dispuesto a exponerse, a recibir al otro sin filtros y a respetar su intimidad sin intentar reducirlo a lo que ya conocemos:

> *Puede haber entendimiento sin que exista comunicación. Porque el entendimiento sólo exige la comprensión de lo comunicado, mas no que lo comunicado sea todo lo comunicable*. El entendimiento sólo puede plantear el modo de relación interpersonal a *nivel apersonal*, esto es*, en la tangente del Yo de cada cual*. (pp.25-26)

Por eso, cada uno, desde su posición y orientado por sus propias motivaciones, revela solo una faceta de sí mismo en el acto de comunicarse.

El entendimiento: hablar dentro de lo permisible

La comunicación es un asunto de poder. Ciertos grupos determinan *qué puede decirse y qué no*, generando un desequilibrio entre quienes imponen las reglas del discurso y quienes las acatan:

> […] *el entendimiento es una forma de hablar, de comunicarse, en el plano de lo permisible.* Pero la consideración de que tal entendimiento comporta la necesaria limitación en el hablar nos lleva de inmediato a inferir la existencia de una situación –una estructura social, en la que el hombre aparece ubicado– en la cual alguien o algunos permiten hablar, mientras a otro o a otros les es permitido hablar dentro de los límites que los primeros imponen. (p.27)

Comunicar es competir en la sociedad anómica

En una sociedad carente de normas sólidas (anómica), el diálogo pierde su capacidad de crear vínculos genuinos y se convierte en un mecanismo de enfrentamiento con miras a lograr bienes materiales y acumular poder:

No hay comunicación sino en tanto a través de ella puedo competir. Es, por decirlo así, comunicación aparente, que me es útil en la medida en que con ella muestro mi respeto a la norma y se me acepta en el grupo; mas, también, en tanto sólo a través de ella puedo saber del otro de manera tal que la competencia con él sea para mí más favorable. (p.52)

El sobreentendido: aquello que no se nombra, pero habita la conversación

En la comunicación humana el *sobreentendido* es el proceso mediante el cual los dialogantes reconocen la existencia de contenidos que permanecen implícitos, y es ese saber compartido el que configura un ámbito de intimidad. El silencio, lejos de constituir una ausencia de significado, se presenta como un espacio simbólico mutuamente reconocido y respetado.

Quien me escucha cuenta con que en mi decir se esconde mucho más que lo ya dicho y que, por tales limitaciones disposicionales, no me es posible decir más. Mediante este sobreentendimiento, *las dos personas que intentan comunicarse algo tienen conciencia de la incomunicabilidad de lo restante, y dan por supuesto que esto último de alguna manera se intuye*. (p.60)

En relaciones consolidadas, la confianza permite que lo esencial se comunique mediante alusiones, gestos o pausas significativas.

El malentendido: ¿realmente dijo eso o lo suponemos?

El malentendido es inherente a todo proceso comunicativo. Ocurre cuando lo que *el receptor decodifica no coincide (total o parcialmente) con lo que el emisor codificó*. El emisor propone un rumbo interpretativo, pero el receptor, desde sus valores, creencias y coordenadas psicosociales, decodifica, acepta, rechaza o complementa el mensaje según su propio modo de significar el mundo.

La comunicación es una forma de verificación del pensamiento a través del habla: *Ahora bien, lo entendido no es algo dicho, de manera que la interpretación ahora ha de basarse no sobre datos concretos, sino sobre la supuesta (por mí) significación que el otro da a esos datos.* (p.62)

Cuando las palabras y las acciones son más de lo mismo

La incomunicación se expresa mediante múltiples factores que la refuerzan: el *prejuicio*, definido como una forma de rechazo irracional que se consolida sobre una persona o un objeto antes de cualquier conocimiento genuino; la *racionalización*, que consiste en la formulación de razones aparentemente lógicas destinadas a justificar modos de pensar y actuar; el *aburrimiento*, el cual anula la disposición hacia el conocimiento del otro; la *rutina*, que desgasta la capacidad de asombro; el *fetichismo* y la *cosificación*, que transforman los vínculos humanos en meras transacciones de orden material; el *pudor*, que impulsa a proyectar una apariencia ficticia en lugar de la identidad auténtica; y, finalmente, el *aislamiento digital*, el cual genera una ilusión de compañía que, a la larga, desencadena crisis existenciales.

El arte como expresión genuina de lo incomunicable

En la producción artística se manifiesta una tensión fundamental entre la necesidad de manifestar aquello que la dinámica inconsciente inhibe, restringe o rechaza (deseos y afectos que no nos permitimos exteriorizar) y la imposibilidad de hacerlo de manera directa. El arte, en este sentido, se erige como representación de lo innombrable:

Ni la mística, ni la poesía, ni la novela moderna, ni siquiera la psicología y la filosofía en lo que tienen necesariamente de introspección, hubieran sido lo que son si la única necesidad del ser humano hubiera sido la exteriorización y ésta no le hubiera resultado frustrante. (p.10)

II. PARADOJAS DE LA CIBERINCOMUNICACIÓN EN EL SIGLO XXI

Este apartado versa sobre la ciberincomunicación en el siglo XXI, y plantea sus paradojas a partir de las tesis de Carlos Castilla del Pino sobre la incomunicación limitada y la imposibilidad de una comunicación plenamente transparente.

Si se convierte cada momento de ocio en una oportunidad para desplazarse ininterrumpidamente a través de la pantalla digital (consumiendo contenidos y respondiendo a estímulos hasta el punto de quedarse dormido con el celular en la mano), se termina por distanciarse de la propia vida interior.

Más conexión, menos autenticidad

Las tecnologías actuales se ofertan dentro de la cultura digital como artefactos capaces de vencer la incomunicación: "acercan a los individuos", "derrumban fronteras geográficas", "posibilitan un contacto ininterrumpido". Sin embargo, tanto la evidencia acumulada por numerosos estudios empíricos como la experiencia ordinaria de millones de usuarios muestran exactamente lo contrario: A mayor cantidad de medios de comunicación y tecnología de punta, menor comunicación auténtica.

Más ocio digital, menos vida interior

El teléfono inteligente se presenta como el dispositivo más paradójico de nuestro tiempo: brinda la sensación de acompañamiento permanente, pero a la vez nos priva de la capacidad de estar verdaderamente solos o interactuar cara a cara. Si se convierte cada momento de ocio en una oportunidad para desplazarse ininterrumpidamente a través de la pantalla digital (consumiendo contenidos y respondiendo a estímulos hasta el punto de quedarse dormido con el celular en la mano), se termina por distanciarse de la propia vida interior. Resulta entonces pertinente cuestionarse con quién puede establecer una comunicación genuina esa identidad vacía que se proyecta en las redes sociales.

Más comunicación, más competencia

En la sociedad anómica (aquella en la que las normas sociales tradicionales se tornan difusas, contradictorias o pierden su fuerza coercitiva), *comunicar equivale a competir.* Las redes sociales han llevado esta lógica a su máxima expresión. Cada publicación se convierte en un movimiento estratégico dentro de un tablero de juego digital: perseguimos *likes*, seguidores, comentarios, *retuits*, visualizaciones, *influencers*, escándalos, consejos y asesorías virtuales, futilidades.

Más información, menos comprensión

El consumo informativo actual se inserta en un ecosistema dominado por la inteligencia artificial, el Big Data y el sistema algorítmico. Esta nueva morfología de la sociedad red ha dado lugar a lo que denominamos *cibercultura-mosaico.* Recuperando el concepto original de Abraham Moles sobre las industrias culturales del siglo XX, esta categoría nos permite explicar cómo el entorno digital opera mediante la codificación de mensajes fragmentados, configurando una cultura de piezas dispersas que el usuario debe reconstruir.

Más consumo audiovisual, menos reflexión

En plataformas como TikTok o YouTube, puede advertirse una reconfiguración del canon televisivo comercial, ahora ajustado a una lógica de consumo acelerado y, en muchos casos, producida o reeditada por los propios prosumidores. Lejos de plantear una ruptura, estos formatos ofrecen versiones condensadas de géneros tradicionales como el noticiero, el cine o los deportes, funcionando como una dispersión fragmentaria de información que, en lugar de ampliar el conocimiento, tiende a reproducir conductas mediante mensajes estereotipados, diseñados para captar la atención, adormecer la reflexión y anular el sosiego.

Más pertenencia virtual, más inautenticidad

Hoy, la pertenencia a una comunidad virtual exige acatar nuevas convenciones: exhibir una vida perfecta, reaccionar con inmediatez y practicar una solidaridad superficial que no requiere sacrificio. Esta dinámica digital privilegia el impacto emocional y el "postureo" sobre la verdad y la acción colectiva. Al actuar como espectadores y personajes en un teatro virtual, sacrificamos la profundidad del vínculo humano por una validación vacía, lo que paradójicamente nos vuelve más solitarios e inauténticos.

Más claridad aparente, más malentendidos

La comunicación digital ha debilitado el *sobreentendido*, ese código implícito que se apoya en el tono de voz y el lenguaje corporal. La reiteración no siempre resulta necesaria, porque se presupone la existencia de un marco cultural compartido; sin embargo, la ausencia de la mirada o de la pausa vuelve ambiguo el mensaje breve, de modo que el silencio puede interpretarse como hostilidad y la ironía como una agresión capaz de activar la cultura de la cancelación. En nuestra era digital *hemos normalizado no entendernos*. Invertimos horas en explicar lo que quisimos decir, cuando el verdadero acto comunicativo se pierde en el intento. Pretendemos aclarar y solo conseguimos enredar más. Así, el diálogo deviene un ejercicio de desgaste en el que, cuando termina la discusión, lo único que brilla por su ausencia es el otro.

Más exposición de sí, más ocultamiento del yo

Quizás uno de los fenómenos más inquietantes sea, lo que yo llamo, el *pudor digital*, entendido como la defensa del personaje que hemos construido para nuestra propia conveniencia, frente a cualquier mirada que intente traspasar la máscara. En las redes sociales, ese pudor se manifiesta de forma contradictoria: por un lado, lo exponemos todo (dónde comemos, con quién dormimos, qué sentimos); por otro, lo que mostramos *no es nuestro ser real, sino una versión higienizada, editada y comercializable*.

La consecuencia de la autocensura ontológica en el entorno digital es que nos volvemos ajenos a nosotros mismos. Al ocultar nuestra verdadera esencia ante los demás, terminamos por esconderla también de nuestra propia conciencia, perdiendo así el sentido de quiénes somos y hacia dónde vamos.

¿Cuántas personas de nuestro entorno muestran una versión completamente distinta en sus redes sociales frente a su día a día? El problema, sin embargo, no está en esa dualidad, sino en cómo, con el paso del tiempo, el personaje proyectado termina por devorar a la persona real. Al final, nos convencemos de nuestra propia ilusión. Por eso, cuando nos señalan esa incoherencia, respondemos con irritación o perplejidad: ¡Hemos olvidado quiénes somos cuando nos quitamos la máscara!

Más ideal de comunicación, más dificultad de comunicación

Carlos Castilla del Pino, en su obra dedicada al fenómeno de la incomunicación, nos deja una tesis de carácter fundamental: la comunicación perfecta es irrealizable y, además, no debe ser considerada como un ideal alcanzable. Pretender expresarlo todo, comprenderlo todo y alcanzar una sintonía absoluta con el interlocutor no representa, según esta perspectiva, un horizonte ético legítimo.

En la vida diaria, una forma de atenuar el impacto de la *hipercomunicación* (exceso y saturación de flujos informativos), o de mitigar el *simulacro de la comunicación digital*, se manifiesta en gestos sencillos pero cargados de sentido: apagar el celular mientras compartimos una comida o estamos en una reunión, tomarnos un tiempo antes de responder un mensaje, permitirnos no tener siempre una opinión, sobre todo decir "no sé", guardar silencio cuando es necesario, establecer límites en el uso del celular, crear una rutina de desconexión digital, amar y responsabilizarse.

GUSTAVO HERNÁNDEZ DÍAZ

Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Profesor titular de la UCV y de la UCAB. Director del Instituto de Investigaciones de la Comunicación y de la Información (Idici-UCAB) desde 2018. Miembro de la revista *Comunicación* desde 1987.

Referencias

CASTELLS, M. (2000): *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. *La sociedad red Vol. 1*. Siglo XXI Editores.

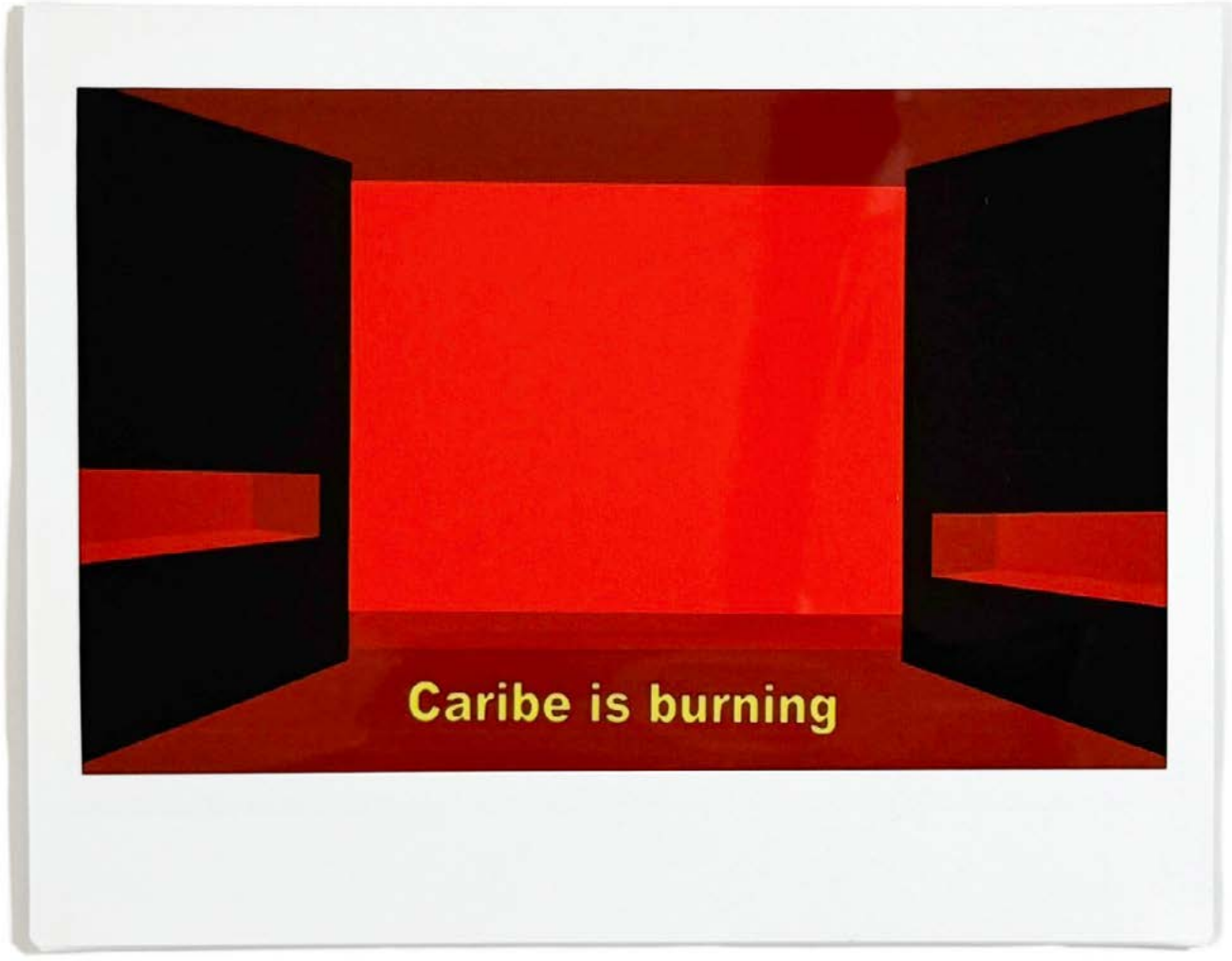
CASTILLA DEL PINO, C. (1983). *La incomunicación* (11ª ed.). Ediciones Península. Trabajo original publicado en 1970.

DURKHEIM, É. (1993): *La división del trabajo social.* Planeta-Agostini.

GOFFMAN, E. (2009): *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (H. B. Giraldo, Trad.). Amorrortu.

MOLES, A. (1975): *La Comunicación y los mass media*. Bilbao: Ediciones Mensajero.

PASQUALI, A. (2007): *Comprender la comunicación*. Editorial Gedisa.



Galería de Papel. *Siempreojo*. Manuel Eduardo González. (2025)